

de ejemplo, ni debería ser objeto de felicitaciones. Más bien de compasión.

4) El terrorismo no va a ceder nunca por la simple vía de la represión. Tampoco va a ceder por la de la negociación y el pacto. La busca incesante de una sociedad equilibrada y justa puede dar, a la larga, los frutos deseados. Pero tampoco hay ninguna seguridad.

5) El acto terrorista es inútil dentro de un contexto histórico. Nunca ha cambiado una sociedad. Ni siquiera cuando ha estado muy dirigido. Hay quien tiene el espejismo de que el asesinato de Carrero Blanco ha cambiado la historia de España: aunque no se puede escribir desde la ucronía, es lícito pensar que conservando su vida, nada habría cambiado en el devenir de España, aunque quizá las etapas hubiesen sido distintas.

6) No es lícito considerar a los terroristas simplemente como unos forajidos o como unos locos. Son frutos de una sociedad. De Europa o de la democracia, podríamos decir en este caso. En otros lo son de la autocracia o de la tiranía. Un ser que arriesga su vida, o que se elimina a sí mismo, como hacen los palestinos o como podrían haber hecho los del grupo Baader, nunca es un ser simplemente despreciable. Es alguien cuyo comportamiento hay que analizar para saber en qué ha fallado la civilización de la que ha brotado.

Nada de ello es optimista, nada es esperanzador. (Véase en páginas 26-27 la entrevista con Rudi Dutschke.) ■

THAILANDIA Y LA MODA DEMOCRÁTICA

LA moda de los tiempos políticos es la de un liberalismo elegante, una moderación controlada y una adhesión a los derechos del hombre: Thanin Kraivichien, primer ministro de Tailandia, civil, no quiso escuchar esta lección, siguió ofreciendo una política de mística anticomunista, negando libertades muy aparentes, obstinándose en cerrar su política extranjera al reconocimiento de los nuevos regímenes comunistas de Indochina —y de China—, retrasando la posibilidad de elecciones generales. Más allá, como un pecado político todavía más grave, se había empeñado en perseguir la corrupción. Fuera de la moda política, los militares que apoyaban su Gobierno —que habían creado su Gobierno— le han retirado la confianza. Y el cargo. Le han "retenido" en su domicilio —como a otros ministros también civiles del Gobierno— y, finalmente, parece que su casa —con él dentro— está severamente guardada: para protegerle. A esto se le viene a llamar golpe de Estado.

En realidad, el golpe de Estado se produjo hace un año, en noviembre de 1976. En aquel momento había una cierta democracia en Tailandia, o por lo menos la mayor aproximación a la democracia que haya tenido Tailandia en siglos. Una democracia gobernada por la derecha, pero con una situación peligrosa en campos y montañas donde se mantenían las guerrillas comunistas; y en las Universidades, donde se llegó a la revuelta. La represión de esa revuelta fue sangrienta y se llevó hasta el auténtico golpe de Estado. Emergió de su retiro un almirante, Sangad Chaloryu, que había sido comandante supremo de las Fuerzas Armadas y que era un hombre de carácter fuerte; había sido nombrado ministro de Defensa y desde ese Ministerio se hizo cargo de todo el poder, apoyado prácticamente sin excepción por todos los Ejércitos. Fue él quien designó al primer ministro, Thanin Kraivichien, quien redactó —o hizo redactar— una Constitución adecuada y quien designó —sin elecciones— una Asamblea Nacional. Al cabo de un año, lo ha desbaratado todo. No valía para estos tiempos.

Tailandia es una Monarquía con una extensión superior a la de España, pero con inferior número de habitantes. Tiene un mosaico importante de razas, tribus, religiones y lenguas, y su riqueza es esencialmente agrícola. Su antiguo nombre, Siam, evoca una ci-

vilización antigua y poco aireada: no ha sido nunca colonizada, lo cual le proporciona un considerable orgullo nacionalista pero, al mismo tiempo, le ha impedido el contacto con otras formas de vida. Su casta dirigente es muy conservadora. De hecho, este conservadurismo lo llevó a seguir una moda en otros tiempos: la del nazismo, la de la autocracia fanática de los japoneses. Ello creó la Tailandia "de los mariscales", que duró hasta 1973, como un modelo de dictadura férrea. Debía esta forma de Gobierno mucho a los Estados Unidos, que la consideraban como una fortaleza en Indochina, en la época del Vietnam. Una ayuda económica importante, unas bases sólidas, una guarnición de apoyo al régimen; elementos que fueron flaqueando cuando los thailandeses creyeron que eran una fuente mayor de riesgo —por la instalación de regímenes comunistas o neutralistas en sus fronteras— que de seguridad. Tailandia fue una de las fichas del miedo al dominio: la teoría de Washington era que la caída de una zona en el Sudeste asiático podía arrastrar la caída de las otras fichas de dominio en pie; hicieron lo posible porque no fuera Tailandia. Tailandia buscó la salida democrática para estar a bien con sus vecinos. Y a los Estados Unidos dejó de interesarles Tailandia cuando perdieron el Vietnam. Ya no les interesaba que cayese el dominio completo o no. Quizá ahora estén interesados en recuperar algo de su influencia, y quizá también los militares thailandeses busquen la forma de reanudar la amistad. Por la vía de este nuevo semblante democrático que el rígido Thanin impedía. Nadie cree que Sangad sea en realidad más liberal: se conoce su biografía, su energía y su dureza. Pero sí puede creerse que busque un semblante más a la moda.

Por eso ha anunciado ya que va a haber en 1978 unas elecciones generales ("Claro, todo dependerá de cómo evolucione la situación", se ha apresurado a añadir), y va a entablar relaciones con sus vecinos. Quizá llegue a la abolición de la ley marcial en ciertas zonas. Pero no en otras: la existencia de la guerrilla comunista le es intolerable. Los guerrilleros comunistas no se han engañado nunca por el fanatismo visible del primer ministro civil: han sabido siempre que su enemigo era el almirante Sangad.

Lo que sí puede estar ocurriendo es que el almirante vea que por el camino que llevaba el país las guerrillas iban creciendo y multiplicándose. Todos los defraudados del Gobierno de Thanin, todos

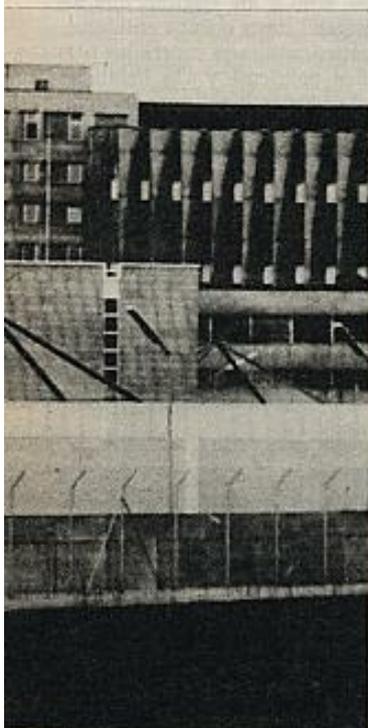


Sangad Chaloryu, almirante retirado y jefe del nuevo comité revolucionario.

los estudiantes sin posibilidades, todos los obreros sin trabajo, terminaban por irse a la guerrilla o por ser sus aliados objetivos. Tal vez por decisión propia, tal vez por consejo de los Estados Unidos, que marcan la nueva moda, el almirante Sangad está intentando una serie de libertades individuales y de posibilidades políticas que resulten más eficaces para combatir al comunismo.

Se anuncian, por lo tanto, elecciones generales. Se redacta también una nueva Constitución, para que presida esas elecciones generales. Será la tercera en poco tiempo (las dos anteriores tienen fecha de 1974 y 1976), y su finalidad es, según la nueva junta —o sea, la misma junta—, caminar hacia la estabilidad política y "la felicidad del pueblo". No parece, en cambio, que el poder vaya a ser entregado a otros civiles: lo conservarán los militares directamente, sin intermediarios, hasta la promulgación de la Constitución y la celebración de las elecciones. Nadie piensa, sin embargo, que vayan a abandonarlo después, aunque le den otro cariz a su presencia.

El nuevo-viejo régimen, sin embargo, puede estabilizarse si la reanudación de las relaciones diplomáticas con China y los países comunistas de su zona hacen que se retraiga la guerrilla comunista. No es demasiado fácil, porque esta guerrilla obedece a problemas interiores —hambre, miseria, persecución—: pero su suministro de armas podría verse comprometido. Si el almirante Sangad opera con habilidad, la nueva situación podría retirar fuerza a la guerrilla, dar más seguridad a sus largas y difíciles fronteras, retraer el malhumor de los oficiales jóvenes y procurar nueva ayuda de los Estados Unidos. Sin necesidad de modificar la situación social. Solamente maquillando el régimen de forma que se mantuviera dentro de la nueva línea de la democracia y del respeto a los derechos humanos. ■



Stuttgart, donde se han suicidado los terroristas-Meinhof.